

LA VIDA DE LAS CRÓNICAS

Por: Gladys Zamudio Tobar

En este capítulo se trabajan las experiencias escolares violentas como insumo para la creación posterior de la crónica, a partir del tejido de las historias de vida propia y de los estudiantes.

I. UNA HISTORIA DE MIEDO

Había una fila interminable. Era una enorme cola de niños y niñas estirando su mano para que les pegaran con una regla de madera. Al frente de cada carita llena de lágrimas estaba, gigantesca, la gran mole de Doña Nubia, la rectora, con gesto de odio, cuando miraba a esa menuda generación, y placer cada que descargaba el aparatoso objeto que corregía a la sociedad.

¿Por qué no corren? me preguntaba, cuando estaba de espectadora, y sigo haciéndolo. Los niños colombianos se acostumbraron a los golpes, no podían dejar de recibir su castigo por haber hecho lo que no era permitido en el mundo de los adultos y éstos ya los habían convencido de que se lo merecían. Entonces ¿de qué nos sorprendemos cuando los niños y jóvenes no quieren hablar? Nos callaron y seguimos haciendo caso, disfrazando las verdades con apariencias de felicidad. Y nos preguntamos ¿de dónde salió esta sociedad apática ante los problemas reales que se evidencian a diario? Pues sigo contando cómo la educación hizo un trabajo muy serio, pero nada riguroso en la construcción de la crítica, de tener criterios y principios regidos bajo la autonomía de las personas.

Continúo mi relato, la formación que nos tocó, y no a pocos ciudadanos, con el apoyo irrestricto de los padres de familia que creían ciegamente en la institución educativa que ha reflejado enfermedad y tristeza para vivir. Un ejemplo de ello era la profesora Rubiela, una mujer pálida y aburrída, siempre llegaba a repetir las lecciones del libro, pero no explicaba nada. A mí no me gustaba su actitud, maltrataba a los compañeros haciendo mofa de ellos. Esta señora, con cara de tristeza y resentimiento permanentes, nos creaba una gran pereza, unos deseos de molestarlos a todos para que se despertaran. Ni siquiera supe qué me enseñó, solamente le oía decir: ¡cállese! ¡no se mueva del puesto! ¡escriba lo que hay en el

tablero! Ella enseñaba sociales, pero no dejaba socializar. En ese momento ¿dónde estaban las estrategias para el mejoramiento de la comprensión de las que se habla ahora, si las exigencias sólo eran para los estudiantes?

Los profesores no se ocupaban del aprendizaje de sus estudiantes sino de su "incumplimiento con las tareas" ni siquiera se cuestionaban, en los 90, como lo hacían ya las universidades en Austria e Inglaterra, indagando sobre las *perspectivas de alumnos y profesores acerca de lo que se suele exigir, pero no enseñar*.¹ La Psicóloga Paula Carlino en el estado del arte de una investigación relacionada con los sistemas de enseñanza de la lengua en Buenos Aires.

El pánico poseía el colegio; por cada uno de sus rincones aparecía uno de esos monstruos. Mientras huía de doña Nubia, aparecía don Fabio, casi como un fantasma amargado y ya viejo. Corríamos a buscar un lugar tranquilo y salía atravesando las puertas el profesor Cabrera. Entonces tratábamos de ocultarnos en un salón y se mimetizaba en las paredes blancas la profesora Rubiela, que se desprendía de ellas como un espectro. Solamente cuando hablaba sabíamos que ella era real. Ese era un lugar de miedo.

Además de ser estudiantes de espantos, el colegio era un verdadero horror. Era una casa gigante llena de habitaciones, sus paredes descarachadas, las puertas comidas por el gorgojo y otros demonios. Verdaderamente los espacios eran como las personas, grandes, tristes y deteriorados. El inmenso patio de los castigos era usado sólo para eso porque si salíamos a jugar en él, nos gritaban y nos dejaban hasta tarde, arrodillados con las manos arriba mientras cargábamos la maleta.

EL HORROROSO RITUAL DE LOS EXÁMENES

El tiempo de los exámenes era otro suplicio. Todos y todas corríamos antes de las siete de la mañana a la papelería de la esquina, que era de Don Fabio el esposo de la rectora, a comprar los cuadernillos, unas hojas cuadriculadas, más grandes y más anchas que el formato oficio. No se podían escribir las respuestas en otro tipo

¹ Ponencia

de papel sino en ese. Aunque la prueba fuera acertada, sacábamos 0.0 por no desarrollarla en los famosos cuadernillos.

Al ingresar al colegio, solamente con el lápiz, el borrador y el cuadernillo en la mano, nos revisaban cada una de nuestras prendas para verificar que no tuviéramos “chancuco”. A mí nunca me pillaron porque yo no iba a perder tiempo haciendo algo tan aburrido. Sin embargo, había muchos compañeros que no se conformaban con perder y lo llevaban bien oculto, dentro de las medias, en la ropa interior, bajo la axila, en fin, se las ingeniaban para entrar sus “ayudas”.

Claro está que nuestros profesores parecían que hubieran trabajado antes en la cárcel o en la CIA, tenían radares y, una vez estaban presentando la prueba, detectaban a los que hacían trampa, los llevaban agarrados por las orejas a la rectoría, les pegaban en las manos con la regla de madera por cometer fraude, los dejaban arrodillados en el patio toda la mañana o la tarde y, como si fuera poco, llamaban a los padres de familia, quienes terminaban de “corregirlos” en la casa.

Si las clases eran difíciles de soportar y no entendíamos nada, las preguntas de los exámenes eran como en chino para nosotros. Por lo general, salíamos de primeros quienes nos despreocupábamos de esas pruebas, a las que no les veíamos sentido, para irnos rápido a jugar a la calle. Pero nuestra alegría terminaba cuando algún amargado o amargada nos delataba. Una vez nos veían los profesores por la ventana jugando, lleva o quemado, con una bola de papel, nos entraban de las orejas como si hubiéramos cometido fraude. Los castigos no eran clasificados. Eran iguales para todos e idénticos para todas las faltas.

CASTIGAR AL PADRE, CASTIGAR LA NORMA Y CASTIGAR LA SOCIEDAD

Así como hay profesores que han sido maltratados cuando niños por sus educadores y han tomado venganza con sus estudiantes siguiendo el mismo modelo violento de enseñar, otros, han transgredido las normas, han negado todo lo que vivieron, haciendo con sus estudiantes lo que no les dejaron hacer. Quienes formaron a estos nuevos maestros, les hicieron ver el horror de ir al colegio y ahora son críticos de la misma escuela que los deformó.

Anteriormente, los padres se aunaban con los profesores para criticar, regañar y castigar física y psicológicamente a sus hijos. ¿Quiénes son ellos ahora? Son los verdugos de una sociedad que los arrolló, la misma que les generó una muy baja autoestima, a tal punto que ahora no se pueden desempeñar en espacios distintos a los que les eligieron o, afortunadamente para algunos, eligieron ellos mismos.

Ningún profesor que ha sido maltratado en su primera infancia es un ser preparado para aportarle a la formación de otros, al menos no en la vida emocional, quizá sí en los conocimientos. Ni el educador que ha tomado el mismo ejemplo represivo de sus profesores ni el que ha hecho lo contrario a lo que le enseñaron. Ambos debieron hacer un trabajo de catarsis, de reflexión frente a lo que les ocurrió para no crear otra reacción y otro modelo educativo salido de las posibilidades contextuales.

Uno y otro extremo son nocivos para nuestra educación. Solamente el buen trato, un desarrollo emocional equilibrado, proveniente de manifestaciones de afecto sensatas y sinceras, podrán facilitar la construcción de una educación con logros semejantes.